

## Crítica

### *Los Pazos de Ulloa*

CUANDO en 1886 Emilia Pardo Bazán publicó *Los pazos de Ulloa*, hoy considerada como la más cabal y representativa de sus novelas, estaba aún vivo el escándalo que había suscitado con *La cuestión palpitante*. Bien a su pesar doña Emilia se había convencido de la ineficacia del razonamiento como método de convicción en el clima apasionado en que se desarrollaba la polémica. Era evidente que el hecho de dar a conocer una corriente literaria e ideológica no significaba adhesión a sus principios. El mismo Zola, pontífice máximo del naturalismo, marcó claramente los límites con una apreciación justa; «más perspicaz —dice doña Emilia— que la inmensa mayoría de mis compatriotas, que no se hartan de llamarme sectaria naturalista, ve en mí un disidente o heterodoxo y se da cuenta del abismo que media entre mis ideas filosóficas y religiosas y las suyas...» Zola había expresado su extrañeza de que la señora Pardo Bazán, como la denomina, siendo católica ferviente y militante, pudiera a la vez ser considerada naturalista. Lo hace constar así en su carta a E. Savine, traductor y prologuista de la edición francesa de *La cuestión palpitante*, añadiendo que se explica esta contradicción «sólo por lo que oigo decir de que el naturalismo de esa señora es puramente formal, artístico y literario». Pero el libro que recoge los artículos publicados en *La Época* en el invierno de 1882 a 1883 es, como en el momento de su aparición lo fueron tales artículos, y según la misma autora expresa en carta dirigida a Menéndez Pelayo —inédita hasta su inserción en la biografía de Emilia Pardo Bazán de Carmen Bravo-Villasante—, «de guerrilla, de escaramuza...» No la asustaba esta circunstancia y antes bien la complacía comprobar la repercusión de sus opiniones, aunque

quizá no alcanzó a prever las proporciones que alcanzaría el escándalo y la pleamar del apasionamiento capaz de ahogar toda razón. Ante ello prefirió desentenderse de la polémica, y sintiéndose, desde su propio concepto del naturalismo, dueña de una fórmula que en relación con la de Zola juzgaba «más ancha y más larga y por lo tanto más humana...», cansada de teorizar decidió comprobarla en la novela. Escribe entonces *Los pazos de Ulloa*.

Va a cumplirse medio siglo de la muerte de doña Emilia; tal vez su momento, la fecha del cincuentenario, coincida con la plena renovación del interés que su figura mereció siempre y que si abiertamente no se le negó nunca, tácitamente se le negó con el olvido. Parece que así como en el antiguo Egipto se silenciaba el nombre de la persona a la que se quería privar de existencia terrena o ultraterrena, por estos pagos, y a tanto años de distancia, mantenemos una actitud que, quizá sin intención definida, en lo que a existencia en el recuerdo se refiere, produce los mismos resultados. Hasta hace algún tiempo, y desde la fecha de su muerte, la escritora había quedado tragada por su época. La circunstancia no es insólita y se ha registrado en otros casos, pero éste, en relación sobre todo con la fama anterior, podría considerarse como uno de los más expresivos, y si es cierto también que el giro rotundo de las corrientes novelísticas bastaría a justificar el olvido, por el cambio radical del gusto y de la sensibilidad, sin embargo, frente a la teoría, cabe invocar el caso del propio Zola, que en las ediciones del Libro de Bolsillo alcanza en Francia con *Les Rougon-Macquart* una tirada que sobrepasa los cinco millones de ejemplares, superior a la de la mayoría de autores del momento. Un escritor representativo de su época, con prestigio acreditado en ella —los contemporáneos no se equivocan forzosamente, ni tan frecuentemente como se cree; dado que se equivoquen, tal error, siempre relativo, tendrá un sentido orientador con respecto a la misma época, y a él queda ligada la figura que lo patentiza—, este escritor, decía, en Francia, por tomar como ejemplo un país eminentemente literario, no desaparece del recuerdo porque desaparezca del mundo de los vivos; no se entierra al escritor porque se entierre al muerto, mientras que entre nosotros estas ceremonias fúnebres han tenido más de una vez carácter doble y completo, que si no llega a definitivo es por el secreto gusto a la sorpresa que guarda en su discurrir el tiempo.

Hace cinco años publicó Carmen Bravo-Villasante su *Vida y obra de Emilio Pardo Bazán* (editorial Revista de Occi-

dente, 1962), antes aludida. Una corriente de interés, cada vez acrecentada, había empezado a manifestarse en torno a doña Emilia cuando esta biografía trajo a primer plano su figura. Hay un hecho innegable, y es que pese a su inmenso talento literario, al volumen de su obra, a la variedad de géneros en que se volcó su insaciable curiosidad, doña Emilia era ella misma ante todo, y eso en la mejor línea de tradición humana en el escritor español, por su propia y poderosa personalidad; que aproximarse a ella, aun a través de su literatura, supone tropezar con esa presencia. En la biografía de Carmen Bravo-Villasante queda patente lo que, paralelamente a la escritora, fue la persona, su recio temperamento, su firme y plantada actitud ante las cosas; todo ello unido a una finura espiritual, a una tolerancia y a un peculiar sentido del humor cuyas manifestaciones dan mucho que pensar en relación con esa monolítica seguridad en sí misma que nos transmite como impresión primera. Una mujer tan curiosa, tan abierta a toda idea con la que se ponía en contacto, con tal inquietud de renovación, forzosamente habría de estar vivificada por una corriente inferior de autocrítica, aunque no se le transparentase en la piel de su personalidad.

A la distancia que nos separa de doña Emilia, y dentro de la panorámica de su obra, la novela *Los pazos de Ulloa*, que tras muchos años acaba de reaparecer (colección Libro de Bolsillo, de Alianza Editorial), se considera hoy como la primera y mejor lograda de las suyas. En ella quiso dar forma a una idea, recurrió a la obra de creación para exponer su personal manera de interpretar una corriente literaria y aún filosófica. Tal preocupación extranovelística, si cabe decirlo así, hubiera podido significar para la novela un riesgo, el de que el peso de la teoría ahogase su circulación vital. Sin embargo, ocurrió lo contrario, y si en ella la escritora halló el cauce para exponer su concepto del naturalismo, es indudable que el naturalismo, en la peculiar manera que tenía de entenderlo, fue el cauce, también, para expresar su concepto de la novela y para realizarla. No es de extrañar que *Los pazos de Ulloa* merezcan hoy una nueva valoración. Por otra parte aquí es donde realiza doña Emilia el descubrimiento literario de una tierra y de los tipos humanos que le pertenecen. Y sucede que abierta como estaba al mundo y a todos los incentivos que pudieran llegar de fuera, en nada constreñida a límites regionales, ni aún nacionales, logra, sin embargo, su mejor acierto al afirmarse en las propias raíces, en un entrañamiento que la sitúa dentro del

ambiente campesino, el aldeano y el señorial, de esencial importancia para comprender las claves del ser y la existencia de Galicia. Sin duda su propósito —es por lo menos la impresión que recibimos hoy de manera directa— fue dar testimonio de la decadencia de una clase social, podría decirse de una casta tal y como cabe entenderla partiendo de los momentos que marcan el arranque de su nobleza y el apogeo de su poder. La decadencia se arrastraba a lo largo del tiempo. Emilia Pardo Bazán la alcanzó en una de sus etapas culminantes y la fijó en ella. Años después el tema pasó a ser propiedad de don Ramón María del Valle-Inclán.

No solo considerada en su momento, sino aún desde el nuestro, la obra, *Los pazos de Ulloa*, se impone como testimonio de un talento literario indiscutible. Cabe alegar —es una de las objeciones más frecuentes— que para beneficio de su propia teoría doña Emilia ha establecido en ella un universo maniqueo poblado de buenos y malos en radical delimitación de terrenos, con malvados e irresponsables sin atenuantes, de un lado, y con buenos, de otro, que nos estremecen en su desamparada inocencia. Pero los tipos que tan parcial y extremosamente representan la condición humana, están, pese a todo, llenos de autenticidad. El poder de percepción de la escritora, su penetración psicológica se acredita con la misma evidencia que su capacidad creadora y su don de recrear —un ambiente y darle vida. Por lejana que nos parezca hoy la técnica del naturalismo, que, sin embargo, adquiere aquí en algunos momentos una insospechada fuerza de aproximación, lo innegable es que la lectura —y más la relectura—, de *Los pazos de Ulloa*, nos trae hoy la presencia de una novelista de cuerpo entero.—  
CONCHA CASTROVIEJO (Madrid).